

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera lectura: Éx 17,3-7

Pero el pueblo, sediento, seguía murmurando contra Moisés:

-¿Por qué nos ha sacado de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y nuestros ganados?

Entonces Moisés clamó al Señor:

-¿Qué voy a hacer con este pueblo? Un poco más y me apedrean.

El Señor le dijo:

-Toma contigo a algunos ancianos de Israel y ponte delante del pueblo; lleva en tu mano el cayado con el que golpeaste el Nilo y ponte en marcha. Yo estaré contigo allí, en la roca de Horeb. Golpearás la roca, y manará agua para que beba el pueblo.

Así lo hizo Moisés en presencia de los ancianos de Israel. Y dio a aquel lugar el nombre de Masá -es decir, Prueba- y Meribá -es decir, Querrela-, porque los israelitas habían puesto a prueba al Señor, y se habían querrellado contra él, diciendo:

-¿Está el Señor en medio de nosotros o no?

Salmo responsorial: Sal 94,1-2.6-9

R. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: "No endurezáis vuestro corazón"...

¡Venid, cantemos jubilosos al Señor,
aclamemos a la roca que nos salva!

Entremos en su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cánticos.

Entremos, postrémonos para adorarlo,
arrodillémonos ante el Señor, creador nuestro.

Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo,
ovejas que él apacienta.

¡Ojalá escuchéis hoy su voz!

«No endurezáis vuestro corazón como en Meribá,
como el día de Masá, en el desierto,
cuando me tentaron vuestros antepasados,
y me pusieron a prueba, a pesar de haber visto mis obras».

R. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: "No endurezáis vuestro corazón"...

Segunda lectura: Rom 5,1-2.5-8

Así pues, quienes mediante la fe hemos sido puestos en camino de salvación, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por la fe en Cristo hemos llegado a obtener esta situación de gracia en la que vivimos y de la que nos sentimos orgullosos, esperando participar de la gloria de Dios.

Una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.

Estábamos nosotros incapacitados para salvarnos, pero Cristo murió por los impíos en el tiempo señalado. Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores.

Evangelio: Jn 4,5-42

Llegó a un pueblo llamado Sicar, cerca del terreno que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba también el pozo de Jacob.

Jesús, fatigado por la caminata, se sentó junto al pozo. Era cerca de mediodía. En esto, una mujer samaritana se acercó al pozo para sacar agua. Jesús le dijo:

-Dame de beber.

Los discípulos habían ido al pueblo a comprar alimentos. La samaritana dijo a Jesús:

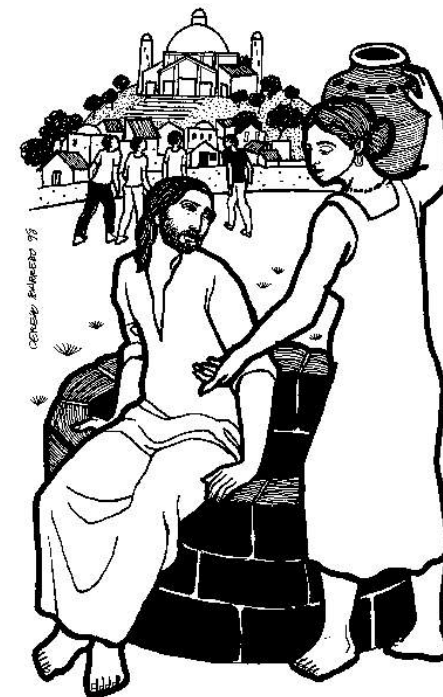
-¿Cómo es que tú, siendo judío te atreves a pedirme agua a mí, que soy samaritana? (Es de advertir que los judíos y los samaritanos no se trataban).

Jesús le respondió:

-Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, sin duda que tú misma me pedirías a mí y yo te daría agua viva.

Contestó la mujer:

-Señor, si ni siquiera tienes con qué sacar el agua, y el pozo es hondo, ¿cómo puedes darme «agua viva»? Nuestro padre Jacob nos dejó este pozo del que bebió él mismo, sus hijos y sus gana dos. ¿Acaso te consideras mayor que él?



Jesús replicó:

-Todo el que bebe de este agua, volverá a tener sed; en cambio, el que beba del agua que yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed. Porque el agua que yo quiero darle se convertirá en su interior en un manantial del que surge la vida eterna.

Entonces la mujer exclamó:

-Señor, dame ese agua; así ya no tendré más sed y no tendré que venir hasta aquí para sacarla.

Jesús le dijo:

-Vete a tu casa, llama a tu marido y vuelve aquí.

Ella le contestó:

-No tengo marido.

Jesús prosiguió:

-Cierto; no tienes marido. Has tenido cinco, y ése, con el que ahora vives, no es tu marido. En esto has dicho la verdad.

La mujer replicó:

-Señor, veo que eres profeta. Nuestros antepasados rindieron culto a Dios en este monte; en cambio vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén donde hay que dar culto a Dios.

Jesús respondió:

-Créeme, mujer, está llegando la hora, mejor dicho, ha llegado ya, en que para dar culto al Padre, no tendréis que subir a este monte ni ir a Jerusalén. Vosotros, los samaritanos, no sabéis lo que adoráis; nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salvación viene de los judíos. Ha llegado la hora en que los que rindan verdadero culto al Padre, lo harán en espíritu y en verdad. El Padre quiere ser adorado así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.

La mujer le dijo:

-Yo sé que el Mesías, es decir, el Cristo, está a punto de llegar; cuando él venga nos lo explicará todo.

Entonces Jesús le dijo:

-Soy yo, el que está hablando contigo.

En este momento, llegaron sus discípulos y se sorprendieron de que Jesús estuviese hablando con una mujer; pero ninguno se atrevió a preguntarle qué quería de ella o de qué estaban hablando. La mujer dejó allí el cántaro, volvió al pueblo y dijo a la gente:

-Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será el Mesías? Ellos salieron del pueblo y se fueron a su encuentro. Mientras tanto los discípulos le insistían:

-Maestro, come algo.

Pero él les dijo:

-Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis.

Los discípulos comentaban entre sí:

-¿Será que alguien le ha traído de comer?

Jesús les explicó:

-Mi sustento es hacer la voluntad del que me ha enviado hasta llevar a cabo su obra de salvación. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la siega? Pues yo os digo: Levantad la vista y mirad los sembrados, que están ya maduros para la siega. El que siega recibe su salario y recoge el grano para la vida eterna, de modo que el que siembra y el que siega se alegran juntos. En esto tiene razón el proverbio: «Uno es el que siembra y otro el que siega». Yo os envío a segar un campo que vosotros no sembrasteis; otros lo trabajaron y vosotros recogéis el fruto de su trabajo.

Muchos de los habitantes de aquel pueblo creyeron en Jesús por el testimonio de la samaritana, que aseguraba:

-Me ha dicho todo lo que he hecho.

Por eso, cuando los samaritanos llegaron donde estaba Jesús le insistían en que se quedase con ellos, y se quedó con ellos dos días. Al oírle personalmente, fueron muchos más los que creyeron en él; de modo que decían a la mujer:

-Ya no creemos en él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo.

Reflexión : Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido

1. Situación y contemplación

Ponte en el lugar de la samaritana. Vas por agua y te has encontrado con Jesús, cansado, junto al pozo. El corazón del hombre, simbolizado por la mujer; el pozo misterioso; Jesús, fuente de agua. ¡En esta escena se refleja cada una de nuestras vidas, la humanidad entera!

La mujer busca agua porque tiene sed. Como cada uno de nosotros. Sólo más tarde nos daremos cuenta de que en nuestra sed (de felicidad, de reconocimiento, de plenitud, de salvación) estaba El, dándonos sed de algo más grande, cuyo secreto le pertenece.

¿Qué sed honda hay en ti que te hace estar insatisfecho? ¿Tiene algo que ver con Dios?

El diálogo entre Jesús y el corazón del hombre/mujer parece un diálogo de sordos. Jesús habla del agua del Espíritu Santo, reservada para la venida del Mesías, la que transforma al hombre por dentro y le hace vivir la relación con Dios «en espíritu y en verdad». La mujer no entiende, porque lo esencial sólo se entiende cuando uno nace de nuevo, cuando se produce una iluminación interior; pero ella es auténtica, y ha comenzado a desear sin entender, a pedir el don que Jesús promete.

No basta desear, pues siempre deseamos en función de nuestras necesidades o de nuestras expectativas. Por eso hay un momento clave en este proceso de transformación interior: cuando te dejas juzgar por Jesús y te encuentras, desnudo, ante tu propia verdad. En efecto, «has tenido cinco maridos»), pero amor verdadero sólo es el que nace de Dios, el que se recibe de Dios como don y fuente, que no depende de nuestros deseos, ni esfuerzos, ni buenas obras, ni expectativas de felicidad.

Vivir del don en cuanto don. En eso consiste la fe, la adoración de Dios en Espíritu. La verdadera conversión está en este paso del deseo a la fe, en ser sobrepasados por la Gracia. Paz del corazón, que no vive de deseos, sino de humilde agradecimiento.

4. Reflexión y praxis

Si entiendes la página anterior por experiencia propia, entonces tienes el agua del Espíritu en tu corazón. Que esta Cuaresma te sirva para no alejarte de dicha experiencia, ya que está siempre amenazada por la tendencia a apropiarnos del don de Dios o a volver a nuestros viejos esquemas (a vivir de deseos y de esfuerzo moral, buscando siempre autojustificación o autoplenuitud).

Si no la entiendes, te habrá desconcertado. Quieres respuesta concreta, una solución: ¿Qué hay que hacer para vivir del Don?

No hay nada que hacer, pues en este caso sería obra nuestra, y nosotros seríamos la fuente.

Tampoco es algo meramente pasivo. Lo que hay que hacer es abrirse al Don, aprender receptividad, y por desgracia no estamos acostumbrados a plantearnos la vida desde el Don que recibimos. Por ejemplo:

—Ser consciente de esta contradicción: que el deseo de algo mejor en cualquier terreno, el humano (más justicia y paz), el moral (perfeccionamiento en las virtudes) o el religioso (búsqueda de unión con Dios), es bueno; pero que necesariamente nos conduce a apropiarnos la existencia, pues se alimenta de la ilusión de que el hombre puede alcanzar su propia plenitud.

— Mirarle a Jesús, escuchar la promesa de otro Don, hecho a la medida del corazón de Dios, no de nuestros deseos estrechos, y desearlo pidiendo, sabiendo que es pura Gracia, que no tenemos ningún derecho, maravillados de que haya venido a darnoslo, agradecidos.

— Creer en el amor de Dios, sin más, sin medirlo por nuestras buenas obras, quedar boquiabiertos ante ese don de su amor. ¿Por qué a mí, por qué a mí?

— Vernos pobres pecadores, esclavos de fuerzas oscuras y situaciones sin salida, y experimentar que El se acerca a nosotros sin imponerse, que nos lleva suavemente a la verdad que nos angustia o culpabiliza, que nos habla al corazón haciendo suyo el peso de nuestra existencia...

La Cuaresma y la Pascua ponen ante nuestros ojos el amor desbordante de Dios, que está creando un mundo nuevo. Si supiésemos abrirnos al Don, y percibir su fuerza salvadora...

TEXTO DE FRANCISCO: Segunda Vida de Celano, 46 (2 Cel 46)

Cómo por su oración sacó agua de la roca la dio a beber a un campesino

46. Una vez, el bienaventurado Francisco quiso ir a cierto eremitorio (10) para darse allí más libremente a la contemplación; sintiéndose bastante débil, obtuvo de un hombre pobre un asno para el viaje. Montaña arriba en días de verano, el campesino, fatigado por el camino escabroso y largo que hacía siguiendo al varón de Dios, se resiente y desfallece de sed antes de llegar al lugar. Comienza a gritar tras el Santo con vehemencia y pide que se le compadezca; asegura que se muere de sed si no se le reanima con el alivio de una bebida. El santo de Dios, compasivo siempre con los abatidos, saltó en seguida del asno e hincado de rodillas, alzando las manos al cielo, no cesó de orar hasta saberse escuchado. «Ven pronto -dijo después al campesino-, y encontrarás allí agua viva, que Cristo en su misericordia ha hecho brotar ahora de la piedra para que bebas tú».

¡Dignación estupenda de Dios, que se inclina tan fácil a sus siervos! Gracias a la oración del Santo, el campesino bebió del agua que había brotado de la piedra, apagó la sed en la roca durísima. Y aguas no las hubo allí antes, ni han sido descubiertas después, como se ha comprobado escrupulosamente. ¿Qué extraño que quien está lleno del Espíritu Santo reproduzca, a su vez, los prodigios obrados por todos los justos? Ni es para asombrarse si quien, por donación de gracia especial, es uno con Cristo, realiza prodigios semejantes a los de los otros santos.